

# Indianos, segundones y el contexto trasatlántico de la reforma económica en la *Theorica, y práctica del comercio y de marina* [1742] de Gerónimo de Uztáriz

Jonathan E. CARLYON\*

En la sexta de sus *Cartas filosóficas*, Voltaire ofreció a sus lectores la siguiente observación sobre la Bolsa de Londres: «vous y voiez rassemblés les députés de toutes les nations pour l'utilité des hommes. Là, le juif, le mahométan et le chrétien traitent l'un avec l'autre comme s'ils étaient de la même religion, et ne donnent le nom d'infidèles qu'à ceux qui font banqueroute» (47).

Este lugar del comercio, para Voltaire, representaba un ruedo ecuménico que proveía a estos feligreses seculares de la oportunidad para juntarse pacíficamente y avanzar en sus negocios. Al salirse de este escenario, algunos participantes se irían a beber, mientras otros se juntarían en la sinagoga; todavía otros se irían a oír cantar misa. La observación pertinente para Voltaire consistía en el hecho de que «tous sont contents» (*ibid.*). Al decir eso, Voltaire intentaba epitomizar el espíritu intelectual que dominaría su generación; uno que, como ha argüido el historiador estadounidense John Robertson, encontraba su coherencia epistemológica en el compromiso de entender y, a la vez, promover las causas y las condiciones del mejoramiento humano en este mundo (28). Publicado en Londres en 1733, las *Cartas filosóficas* dieron una voz incipiente al proceso de modernización.

\* Profesor titular. Departamento de Lenguas, Literaturas y Culturas Extranjeras. Colorado State University (Universidad del Estado de Colorado).

En un libro reciente, *Enlightenment Contested: Philosophy, Modernity, and the Emancipation of Man, 1670-1752*, el historiador Jonathan Israel propone una dicotomía con la que uno puede discernir el tipo de modernidad simbolizada en las palabras de Voltaire citadas arriba. Al intentar ubicar aquellos elementos que caracterizan la Ilustración, Israel arguye que lo que uno debe investigar es «la diferencia entre la renovación social, cultural y política expresada de manera teológica, tradicional y dinástica, por una parte, y, por otra, las categorías ideológicas de gran alcance, no-teológicas y no-tradicionales» (3, traducción mía). Para Israel, la Ilustración no puede sino verse como un método nuevo para comprender la sociedad y pensar en la realidad. La investigación fundada en la observación científica substituye una epistemología basada en las tradiciones escolásticas. Parafraseando a Malraux, podremos pensar que, para estos investigadores, los nuevos filósofos europeos serán seculares o no serán.

En su estudio clásico sobre la Nueva Filosofía en España, Olga Victoria Quiroz-Martínez notó algo similar en la península: «la discrepancia entre la filosofía escolástica y la moderna se plantea en España primera y más acusadamente en términos de oposición entre lo eclesiástico y lo laico, muy a pesar, como había sucedido también fuera de España, de las protestas de sumisión a la Iglesia y a las verdades religiosas, por parte de los modernos» (17). El pensamiento ilustrado no toleraba nada menos que la libertad completa para explorar ideas que, a menudo, discrepaban con la tradición. La búsqueda de las manifestaciones de aquellos argumentos a favor de los movimientos reformistas, ejemplos de lo que Kant décadas después identificaría bajo la rúbrica de *Sapere aude*: esta búsqueda sirve para ilustrar cómo el contexto religioso-social del pensamiento ilustrado ejercía una gran influencia durante los primeros años del movimiento. La teología o la discusión de ideas teológicas, asevera Israel, «constituye el subsuelo de la temprana ilustración» (2006: 65). Al hablar de la situación en España, Anthony Pagden escribe que ni la Inquisición ni las ideas religiosas del rey Carlos III limitaban el alcance y la influencia en la península de la Nueva Filosofía. Para Padgen, la Ilustración española se paraliza ante «la presencia de una tradición institucionalizada y una vez poderosa» (139). Tanto el intelectual valenciano Gregorio Mayans como el monje benedictino Jerónimo de Feijoo —ambos representantes claves de la Ilustración en España— exhibieron, según Pagden, una excesiva «precaución e incertidumbre» (138) al enfrentarse con el movimiento ilustrado, como si en ambos casos su catolicismo sirviera de obstáculo insuperable para la llegada de la modernidad radical de la que habla Israel.

Como uno puede observar con estos ejemplos previsionales, la interpretación de la cultura ilustrada comprometida con el desarrollo de ideas nuevas se estanca a menudo al llegar a considerar la contribución de España. Antaño un imperio sobre el que no se ponía el sol, hacia finales del siglo XVIII muchos filósofos europeos compartían la opinión del escritor francés, Nicolás Masson de Morvilliers, al preguntarse, «*Que doit-on à l'Espagne?*» Sin embargo, si aceptamos que el desarrollo de un espacio secular anunciaba la posibilidad del advenimiento de las corrientes de pensamiento ilustradas, tenemos que indagar la posible existencia o no de tales foros en España durante el Siglo de las Luces.

En lo que sigue, voy a desarrollar estas observaciones enfocándome en el trabajo económico de Gerónimo de Uztáriz (Navarra, 1670-Madrid, 1732). Específicamente, mostraré cómo este abogaba por ideas reformistas usando un discurso simbólico vinculado al legado colonial del mundo hispánico. Para

ilustrar a la brevedad posible lo que quiero decir con «discurso colonial simbólico», empiezo con una cita famosa de un contemporáneo de Uztáriz, el doctor y reformista político valenciano Juan de Cabriada (1665-1714). En su libro *De los tiempos y experiencias el mejor remedio al mal por la nova-antigua medicina: Carta filosófica-medico-chymica*, publicado en 1687, Cabriada escribió:

Solo mi Deseo es: Que se adelante el Conocimiento de la Verdad; Que sacudamos el Yugo de la Servidumbre Antigua, para poder con Libertad elegir lo Mejor; Que abramos los Ojos, para poder ver las Amenas, y Deliciosas Provincias, que los Escritores Modernos, Nuevos Colonos, y Piçarros, han descubierto, por medio de sus Experimentos, assi en el MACRO, com en el MICROCOSMOS: y que sepamos, que ay otro Nuevo Mundo; esto es, otra Medicina mas que la Galenica, y otras firmissimas HYPOTESIS, sobre que poder filosofar (230).

Usando el tropo de los «nuevos mundos» que están por descubrirse, Cabriada alabó los nuevos métodos de la investigación científica demostrados, por ejemplo, en la *Principia Mathematica* de Isaac Newton, también publicado en 1687. La exploración colonial asumió un valor metafórico que se empleaba para estimular el interés en el descubrimiento científico, supuestamente similar a aquel llevado a cabo por Cristóbal Colón del Caribe, en 1492, o aquel realizado por Francisco Pizarro al tomar Cajamarca, Perú, en 1532. Sin descontar la infamia que estos protagonistas tienen para algunos lectores de hoy, es aparente que Cabriada creía que el ejemplo colonial le ofrecía un contexto de fácil asimilación con que instar a sus compatriotas a abrazar el cambio moderno. De manera semejante, Gerónimo de Uztáriz emplearía esta figura para intentar estimular una discusión sobre las ideas reformistas que, según él, aumentarían el bien público. Antes de hablar de esta estrategia literaria, sin embargo, voy a esbozar un breve repaso biográfico.

Nacido en 1670 en Navarra, Gerónimo de Uztáriz recibió su educación en Bruselas en la prestigiosa Real Academia Naval. Al terminar sus estudios, acumuló mucho renombre luchando por la corona española en varias contiendas en los Países Bajos. Después, sirvió como secretario de Guerra y Estado para el virrey de Sicilia, el marqués de Bedmar hasta 1706, año en que se trasladó a España. Finalmente, en 1707, durante los años más intensos de la guerra de Sucesión, Uztáriz se ocupó con dedicación y celo a promover la política de la nueva monarquía borbónica. En la nueva corte de Felipe V, fue considerado uno de los grandes economistas de su época. Recibió el honor de ser nombrado caballero de la Orden de Santiago; sirvió como miembro del Consejo del Rey; y ocupó el lugar de secretario de la Marina. Como ha dicho Gabriel Franco:

Se le puede considerar en la primera fila de los reformadores que ven en Felipe V, con la nueva monarquía, el soberano instrumento de sus proyectos, capaz de sacudir el marasmo del país e impulsarlo por el camino de su pasada grandeza. Tales propósitos reclamaban, sin duda, una nueva política, en armonía con las necesidades de los tiempos, inspirada en el ejemplo de otras potencias y principalmente en el de Francia (XIX).

Uztáriz murió en Madrid en 1732, a los sesenta y dos años de edad<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Para una introducción a la vida y obra de Uztáriz vea el magnífico estudio de Reyes Fernández Durán.

Obviamente, a Uztáriz hay que considerarle uno de los patriotas más comprometidos de España. Sin embargo, en su investigación, no intentaba presentarles a sus lectores una interpretación apologética de una vitalidad económica en España que, de hecho, no existía. Específicamente, en su trabajo más celebrado, la *Teórica y práctica de comercio y de marina* (de aquí en adelante, la *Teórica*), anunció a sus lectores que en su estudio sobre el estado económico de España esperaba hacer detenerse «solo en descubrir, y expresar las causas de su decadencia, y aniquilación en esta Monarquía, y en proponer los medios justos, y convenientes à restablecer, aumentar, y conservarle» (1). La yuxtaposición de la decadencia y la restauración de la solvencia económica le servían de temático clave a lo largo de su narrativa. Enfatizó la necesidad de que España adoptara modelos de pensamiento económico nuevos. El mercado y el intercambio comercial se convirtieron así en la base sobre la que su país prosperaría y sus conciudadanos lograrían mejorar su estado social. En la dedicatoria al rey Felipe V, por ejemplo, Uztáriz dijo: «Es evidente, que en las Monarquías, Reinos, y Repúblicas no puede haber población grande... sin el auxilio de un comercio grande y útil» (2). El comercio crea el contexto en que el bien público podría aumentarse. Todos los ciudadanos tenían la responsabilidad, por eso, de trabajar por el bien común: «Grande y común es en todos las obligación de atender al Bien público» (1). Además, cada individuo debía trabajar para la nación, «según el talento, y aptitud que la Naturaleza, y la suerte le hubieran repartido, mejorada su facultad nativa con el auxilio de las Ciencias, y de las Artes, u de su propia industria» (*ibid.*). El comercio era el «auxilio» que servía para amplificar las capacidades naturales heredadas de «nuestro primer Padre» Adán (*ibid.*).

Sin embargo, Uztáriz entendía que los nobles solían rehusar las actividades identificadas con la clase mercantil, algo que Voltaire también notó en su décima carta sobre «El comercio»: «*Le négociant entend lui-même parler si souvent avec mépris de sa profession, qu'il est assez sot pour en rougir. Je ne sais pourtant lequel est le plus utile à un État, ou un seigneur bien poudré qui sait précisément à quelle heure le Roy se leve, à quelle heure il se couche... ou un négociant qui enrichit son pays, donne de son cabinet des ordres à Surate et au Caire, et contribue au bonheur du monde*» (67).

Uztáriz reconocía una actitud similar en su país y, quizás por eso, planteaba la idea del comercio como una tarea intelectual, recordándoles a sus lectores que «en la forma en que se ha practicado, [el comercio] ha sido tan dañoso a la Monarquía, que la ha empobrecido, despoblado, y debilitado» (3). La clase intelectual, según Uztáriz, necesitaba entender el comercio no solo como una actividad mercantil sino como práctica teórica, es decir, como ciencia especulativa. Así los nobles podrían coadyuvar en la implementación de reformas que aumentarían la competitividad internacional de la nación. Además, como práctica intelectual, Uztáriz indicaba la posibilidad de que podría abrirles los ojos de sus compatriotas a las ideas extranjeras que habían servido para consolidar las riquezas de sus naciones. Por ejemplo, citando de un estudio contemporáneo sobre el éxito comercial del República de Holanda y usando la voz extranjera como autoridad, Uztáriz amparaba su crítica de la economía española afirmando que «las Minas de Oro no sirven tanto, como el Comercio, à enriquecer un Estado» (3). España, según este autor extranjero citado por Uztáriz, tiene el beneficio de los recursos minerales, del oro y de la plata de las Indias.

Sin embargo, sin una base científica adecuada, esta economía colapsaría, como de hecho había colapsado. Por esta razón, Uztáriz afirmaba que solo a través de la aplicación correcta de la razón científica puede uno lograr aumentar la riqueza nacional. Estos ingresos, a su vez, permitían que el país mejorase los mecanismos que fomenten el bien público. Uztáriz exige saber «¿a donde han parado los millares de millones de pesos, que desde el descubrimiento de las Indias se han trasladado al continente de España?» (5). Este ejemplo le permite enfatizar cómo la práctica inadecuada de la ciencia económica en España solo había servido a disminuir el bien público.

La discusión sobre el comercio implicó para Uztáriz una práctica teórica que abría a los intelectuales españoles un espacio secular en que podrían teorizar sobre la reforma social. Reconoce este espacio como uno que trasciende las costumbres locales al decir: «porque hágase el Comercio, como, y por quien se quisiere, el dinero del Capital busca siempre al primer dueño de la mercadería» (14). Esta ley universal rebasaba las asociaciones confesionales, y Uztáriz, como su contemporáneo Voltaire, veía en el mercado un lugar secular donde los negociantes y los hombres de letras podrían abogar por el bien público, aun cuando este activismo iba en contra de las tradiciones nacionales. Así, el mercado se convirtió en una metáfora que representaba el lugar secular donde las ideas nuevas podrían someterse al escrutinio científico. Entre los problemas más urgentes que quería explorar, el problema del mercantilismo en España exigía una respuesta.

En los años posteriores a la guerra de Sucesión, el poder trasatlántico de España se subordinó a las naciones europeas del norte. Gerónimo de Uztáriz quería que su nación recuperara una posición política dentro de la comunidad occidental. Comprendió, sin embargo, que para trascender las fronteras locales las ideas nuevas tenían que traducirse, tanto textual como culturalmente. Para eso, creó una narrativa que se dirigía a un público heterogéneo. Su narrativa consistía en el arte de acomodar nuevas ideas al contexto cultural católico de su país. Para eso, subrayaba que las cuestiones económicas, como hemos empezado ya a apreciar, ocupaban una posición central en la vida racional de una sociedad. El comercio revelaba así estructuras y condiciones generales que orientaban hacia lo que Uztáriz llamaba «la fuerza secreta del comercio» (29). En esta regla vemos lo que para la ciencia económica se trataba de una característica secular de la naturaleza humana. Al hablar de una «fuerza secreta» Uztáriz mostraba que el trato comercial trascendía las costumbres y tradiciones locales. Por eso, prestarle atención a la teoría económica implicaba una actividad intelectual que unía al público cosmopolita de Europa, España y América.

Uztáriz deploraba la ironía de que la riqueza del Nuevo Mundo había servido solo para debilitar España; recordaba a sus lectores que el oro de América inevitablemente pasaba por la península, en rumbo al «beneficio de los Turcos, y otros infieles, para aumentar sus fuerzas, y nuestros daños; pues se habrán valido muchas veces de estos mismos caudales, y riquezas, para hacer sangrientas Guerras à los Cristianos, especialmente en los Dominios de la Monarquía Española» (8). Solo la ciencia económica podría contrarrestar esta iniquidad. La negligencia de España por desarrollar y ejercer una política económica razonada había ocasionado, según Uztáriz, un déficit enorme en las reservas de oro. Por esta razón, Uztáriz, al trazar uno de sus comentarios más cáusticos, escribió: «por estas, y otros consideraciones, séame permitido dudar à lo menos,

i en lo respectivo à caudales nos deben alegrar, ò entristecer las noticias de haber llegado a España Navíos de Indias cargadas de riquezas» (8). La relación económica que anudaba España y América carecía de atención y, por eso, servía para debilitar el Imperio. Sin embargo, si la carencia de planeación económica de los recursos extraídos del Nuevo Mundo había creado problemas graves para la monarquía española, Uztáriz también se valdría del modelo trasatlántico para ofrecerles una solución. La estrategia retórica empleada por Uztáriz para dar la cara a la crisis en España consistía en enfocarse en las categorías sociales del segundón y del indiano. Como mostraré ahora, mientras que el primero sufría en el Mundo Viejo, aquellos individuos que sometían su situación económica y social al tribunal de la razón podrían cosechar los grandes beneficios del Nuevo Mundo.

Uztáriz no anunciaba sus ideas reformistas de manera directa; prefería aventurar sus opiniones a través de una narrativa sinuosa. Expresándose en una prosa áspera característica del economista, develaba una narración en la que articulaba nuevas ideas sociales. Sin embargo, desde los estudios tempranos de Américo Castro, hemos podido apreciar el hecho de cómo la literatura del siglo dieciocho español se caracterizaba por su tono crítico. Como dice Castro: «Esencialmente, el siglo XVIII es época de crítica y de lucha intelectual, hasta el punto de que los meros valores literarios palidecen y pasan a segundo término» (282). Durante el siglo dieciocho la literatura no se limitaba a solo las Bellas Letras. Uztáriz participaba en una comunidad de intelectuales que desarrolló una nueva dinámica de la producción literaria. Por ejemplo, como nos lo recuerda Pérez-Magallón: «la noción de *literatura* incluye en aquel tiempo toda la producción escrita» (2002: 15). El Siglo de Oro español se había terminado; pero los tratadistas económicos participaban en una nueva historia literaria característica de la Ilustración en España. Sus autores introdujeron a sus lectores al mundo de las ideas y los animaron a imaginar una España posible, moderna. Los teóricos económicos se convirtieron en escritores especulativos que soñaban con nuevas e híbridas articulaciones sociales.

En su libro, *La hora navarra*, Julio Caro Baroja planteó la importancia de la teoría económica para el discurso ilustrado en España; hace hincapié en que esta constituía una ciencia nueva para la época (12). Un compatriota navarro de Uztáriz, Francisco Xavier de Goyeneche, ejemplificaba esta idea al escribir:

Después de haber dado fin à la tintura de mis primeras letras (tareas propias de la juventud) deseando adornar el ánimo con la ciencia experimental, que (sin fatiga, y con deleite) se estudia en el libro abierto del Mundo; discurrí por diferentes Provincias de Europa... Observé en la mayor parte de ellas, que el principal asunto de las conversaciones de muchas personas de todas clases, y profesiones, consistía en tratar en la forma, y ventajas del trafico, conveniencia de las manufacturas, y beneficio de la Navegación (In Huet 1).

Siguiendo el ejemplo de Goyeneche, Uztáriz publicó un estudio económico que recibió mucha atención de parte de los hombres de letras. Al salir, la *Teórica* le convirtió en el economista de mayor renombre de su generación. Hacia el final del siglo, por ejemplo, Juan Sempere y Guarinos resumía esta opinión al escribir: «Solo esta obra era capaz de haber hecho feliz a España, si se hubieran adoptado las ideas de su Autor» (274). La *Teórica* también le brindó una fama internacional. Como dice Venturi, la primera publicación

de su «gran libro» salió en 1724, en una circulación limitada a los altos oficiales en Madrid (265). Sin embargo, el libro le ganó a Uztáriz mayor renombre en Europa después de que la segunda y autorizada edición salió publicada, póstumamente, en 1742. Esta edición se tradujo rápidamente al italiano (1743), al inglés (1751), y al francés (1755). Como anécdota, cuenta el historiador Earl Hamilton que todavía en el mayo de 1824, el senador Dickerson de Nueva Jersey citaba y elogiaba a Uztáriz durante un debate en el senado estadounidense sobre el tema de las tarifas (126). En un momento cuando muchos europeos opinaban que España había dejado de vivir en el presente, las ideas de Uztáriz recibían mucha atención. Al considerar, además, que entre los años 1682 y 1763 se habían ratificado en España más de diecisiete leyes nuevas sobre los derechos y las responsabilidades de los impresores, los autores y los libreros (Cifuentes 6), es significativo testimonio el renombre y respeto que Uztáriz recibía de sus colegas, tanto en España como en el resto de Europa. Sin duda, el trabajo teórico de Uztáriz ejemplifica la presencia intelectual de Navarra en un mundo global.

En parte Uztáriz cultivaba este público internacional porque escribía sobre la teoría económica. Además, como hemos visto, hablaba de manera abierta acerca de las dificultades económicas de su nación; incorporaba los trabajos y los estudios de economistas extranjeros como ejemplos de modelos exitosos que España podría emular. Sin embargo, Uztáriz era un patriota que entendía la cultura política de su país. Como ha escrito André Mounier: «*Et ainsi, en ardent patriote, mû par le seul souci d'ouvrir les yeux à ses concitoyens sur les réalités économiques, il fait paraître en 1724 sa Théorie et pratique de commerce et de la marine, dédiée à la Majesté Catholique de Roi Philippe V, où il expose le résultat de ses observations et ses projets de réforme*» (193).

Uztáriz se entregó completamente al estudio de los discursos políticos y económicos de su tiempo. No obstante, sabía que para abrirles los ojos de sus compatriotas, tenía que mantener la cosmovisión católico-romana de su comunidad. En su dedicación al rey Felipe V que encabezaba la *Teórica*, Uztáriz rindió homenaje a la mentalidad religiosa que organizaba la vida social de la monarquía: «por el ser que reconozco a España, Patria tan benigna, Madre tan piadosa, que infunde en sus Hijos las dos mayores felicidades, pues nos constituye, y conserva en la verdadera Religión, y en el amable Dominio de V. Mag» («A Felipe» 2). Uztáriz ejerció con diligencia su papel de administrador fiel al monarca católico. Sin embargo, también deseaba importar los bienes intelectuales a su patria. Como otros *novatores* de su época, sobre los que el ya citado Jesús Pérez-Magallón ha escrito de manera magistral (Pérez-Magallón, 2002), Uztáriz se hubiera identificado con las palabras famosas de su compatriota Juan de Cabriada: «Que es lastimosa y aun vergonzosa cosa que, como si fuéramos indios, hayamos de ser los últimos en recibir las noticias y luces públicas que ya están esparcidas por Europa» (230-231). Los intelectuales españoles buscaban activamente nuevas ideas con las que podrían intentar revitalizar su nación. La España que descubrió las riquezas de las Indias, que introdujo el catolicismo en América y que cultivó una historia literaria prestigiosa durante el Siglo de Oro, se había atrasado frente a una comunidad europea que, después de la Paz de Westfalia (1648), habría empezado a realizar la transición paulatina hacia una política ya no ecuménica sino económica (cfr. Pérez-Magallón, 2004; Israel, 2001).

Dentro de este contexto ahora podemos apreciar la importancia de los modelos sociales que compara Uztáriz: el segundón y el indiano. Para empezar, hay que recordar que en este momento histórico algunos intelectuales españoles opinaban que el estancamiento económico resultaba de la inmigración a América. Por ejemplo, durante los siglos diecisiete y dieciocho solo los inmigrantes vascos que se trasladaron a Chile llegaban al 45% de la inmigración a esa provincia (Douglass y Bilbao, 81). Como vasco él mismo, Uztáriz hubiera entendido las implicaciones políticas de cualquier argumento que se le echaba la culpa por los problemas sociales a los españoles que se habían salido del país. Como le hizo recordar a su lector: «Se persuaden algunos, y dice, que no estando hoy España tan poblada, como lo estaba por lo pasado, no habría gente bastante para tan crecido numero de Operarios» (18-19). Habiendo salido de la madre patria en búsqueda del oro y de la plata de las Indias, estos inmigrantes, según algunos, habían abandonado a su país en un momento de apuro. Según este punto de vista, el sueño de las Indias había ocasionado una sangría popular que le hizo daño a la nación. Uztáriz respondió a esta percepción mostrándoles a sus lectores que, por una parte, se habían quedado en España muchos recursos humanos no aprovechados y, por otra, la inmigración de españoles al Nuevo Mundo consistía, de hecho, en un logro positivo para el desarrollo económico de España.

Según Uztáriz, no la inmigración sino el inferior planeación económica había servido para situar a España en esta posición insostenible. Reconoció que la situación política después de la guerra de Sucesión había limitado las opciones que podría emplearse para su mejora económica, ya que no se podría hacer reformas que contravinieran «los Tratados de Pacés» (28). Uztáriz era un realista; sabía que España necesitaba explorar nuevas ideas políticas que podrían revitalizar su imagen internacional. Por esta razón, la fuerza retórica del modelo trasatlántico propuesto por Uztáriz se puede observar en el ejemplo de los segundones que enfrentaron su realidad económica de manera racional y eligieron inmigrar al Nuevo Mundo. Uztáriz no estaba de acuerdo con la idea de que estos españoles habían abandonado su país. Entre las razones que ofreció para refutar este planteamiento, indicó que había muchos trabajadores que todavía vivían en la península pero que no trabajaba y, lo que era peor, «hoy viven con la sopa de los Conventos, y otras limosnas, o de la rapiña, sin ser de utilidad alguna al Estado» (19). Uztáriz subrayaba aquí la idea de la utilidad que, como ha mostrado Pedro Álvarez de Miranda, consistía en uno de los principios de la agenda ilustrada de España. Uztáriz se enfocó en la pereza y el crimen, y los yuxtapuso con lo que él consideraba las aplicaciones negativas del bien público. Al hacer eso, además, esbozó una crítica sutil del papel de la Iglesia en la vida pública. La petición cristiana de socorrer a los indigentes volvía a interpretarse, en medio de la lógica secular del comercio, como una actividad dañina para el bien público. Uztáriz no critica abiertamente la Iglesia; sin embargo, la crítica implícita no se le puede escatimar. Arguye que los pobres deben ser empleados en tareas útiles al estado. Aunque reconocía la realidad católica de su cultura, desarrollaba sus ideas enfocándose en la naturaleza secular de la economía. Así, la narrativa de Uztáriz cabalgaba entre la normatividad religiosa y la razón científica. Si la meta central de la Ilustración consiste en la mejora del bien común, Uztáriz apunta cómo es el dinero lo que permite este objetivo social. Si las Indias habían servido como pretexto para explicar la



ruina de la Monarquía, Uztáriz también podría ofrecerles a sus conciudadanos un ejemplo trasatlántico de cómo los individuos podrían superar estas dificultades al emplear la razón.

Uztáriz dedicó mucha atención a la tarea de refutar la opinión de que la inmigración a las Indias había ocasionado el declive en España. Dijo, por ejemplo, que aunque los nativos de Navarra, Asturias, Burgos y Galicia constituían la mayoría de los inmigrantes al Nuevo Mundo, estas regiones «son, y se mantiene las más pobladas de España» (21). Además, Uztáriz enfatizó que los inmigrantes que habían salido de España habían, a final de cuentas, ayudado a mantener el crecimiento en la población: «que los mismo Indianos, con los caudales que traen, o envían, facilitan que tomen estado diferentes parientes, y parientas suyas, que quizá no lo hubieran ejecutado por falta de dotes en dinero» (21). Lejos de tratarse de la causa de la pérdida económica, Uztáriz argüía que los indios ayudaron a estimular un nuevo crecimiento en España. De esta manera, este grupo de personas –los indios– simbolizaban los resultados positivos de aplicar la razón secular, la fuerza secreta del comercio, a los problemas sociales. La iniciativa económica provee oportunidades a aquellas personas que de otro modo no habrían tenido oportunidades. Como dijo Uztáriz: «Se ha de advertir también, que los mismos que pasaron à Indias, siendo los más de ellos segundones... quizá no se hubieran casado en estos Reinos... y si lo hubiesen hecho, se exponían à perecer de miseria... que sus personas se hubieran extinguido, dejando poca, à ninguna posteridad» (21).

De segundones en España que no tenían derechos de herencia, los individuos que se valían de la ciencia para comprender el estado de su viabilidad social podrían transformarse en indios. Este cambio no es ontológico, obviamente; sin embargo, llevaba implicaciones importantes para la identidad cultural y racial. Si se hubieran quedado en España, los segundones se habrían muerto de hambre o, en el mejor de los casos, habrían vivido una existencia miserable. Sin embargo, los segundones que buscaban oportunidades laborales en el Nuevo Mundo podrían robustecer la vitalidad tanto personal como nacional, a la vez que incrementaban la prosperidad de sus familias. Uztáriz desarrolló esta implicación: «todo lo cual parece prueba, que el haberse transferido a América, no ha disminuido, sí aumentado la población de España» (22). Uztáriz indicaba que los indios y los segundones se trataban de un solo grupo. La única diferencia entre ambos consistía en una decisión basada en el realismo económico.

Este argumento lograba mayor fuerza retórica cuando Uztáriz subrayó la relación del éxito económico con la calidad de vida. Empleando la metáfora de la relación entre madre e hijo, escribió:

Porque es material de hecho, y propio de la naturaleza, que la extrema miseria desalienta los ánimos, y los aparta de la inclinación al estado matrimonial, y que aun muchos de los casados, cuando logran los frutos de la fecundidad, no pueden criar, y alimentar à sus hijos; y no son pocos los que se les malogren, particularmente en la primera infancia; pues qué nutrimento pueden tener, y subministrarles los pechos de una Madre, que se alimenta con pan, y agua, viviendo, y luchando con una continua fatiga? (22).

El desarrollo inferior de la práctica del comercio crea una nación pobre, una sociedad débil y, como última consecuencia, la muerte. En cambio, la

previsión económica racional sirve para ofrecerle beneficios obvios y enormes a la monarquía española. Por eso, Uztáriz prueba que la diferencia entre el segundón y el indiano no se trata de una enuncia cultural sino de la realidad económica. Uztáriz muestra que las prácticas culturales deben alterarse cuando las realidades sociales fomentan solamente consecuencias dañinas para el bien público. Demostró que incluso el patriotismo debe subordinarse a la realidad económica y que esta obligaba a los verdaderos patriotas a imaginar una nueva posibilidad para España.

Como hemos visto en este trabajo, Gerónimo de Uztáriz postulaba un espacio secular basado en la experiencia trasatlántica. Usó la categoría social del *indiano* para argüir por las reformas religiosas que podrían fomentar el comercio. Al mostrar que los indianos disfrutaban de una calidad de vida mejor, acentuó el valor del comercio para el proyecto ilustrado de incrementar el bien público. Como hemos visto, la idea central de Uztáriz se centraba en la aplicación de una razón secular, ganada por la «fuerza secreta del comercio,» a los problemas sociales. Como los segundones que buscaban oportunidades en el Nuevo Mundo, España, según Uztáriz, debe emular el ejemplo de los indianos. La monarquía debe desarrollar prácticas del comercio científicas y permitir que las políticas ilustradas substituyan aquellas basadas en tradiciones que ya no respondían a las realidades de entonces. De todos modos, como estrategia literaria, las categorías de indiano y segundón permitieron a Uztáriz formular un espacio textual en que podía esbozar de manera indirecta sus ideas reformistas aventuradas. De mucha importancia, finalmente, vemos que las ideas modernas de Uztáriz se articulaban a través de un discurso simbólico formulado por el legado colonial hispánico. Posiblemente esta sería la consecuencia de mayor relieve para los estudios trasatlánticos.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR PIÑAL, F., *La España del absolutismo ilustrado*, Pozuelo de Alarcon (Madrid), Espasa, «Austral Ciencias/Humanidades», 2005.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, P., *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española, Anejos del *Boletín de la Real Academia Española*, 51, 1992.
- CABRIADA, J. de, *De los tiempos y experiencias el mejor remedio al mal por la Nova-Antigua Medicina: Carta Philosophica Medica Chymica*, Biblioteca Nacional, sig. 3/1782, Madrid: en la Calle del Carmen, mas arriba del Convento, 1687.
- CARO BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios, e ideas)*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1969.
- CASTRO, A., *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*, Madrid, V. Suárez, Biblioteca Española de Divulgación Científica, 1924.
- DOUGLASS, W. A; BILBAO, J., *Amerikanuak: Basques in the New World*, Reno, University of Nevada Press, «The Basque Series», 1975.
- FERNÁNDEZ CIFUENTES, L., «Autobiography and Print: The Negotiation of Authorship in Eighteenth Century Spain», *Journal of Interdisciplinary Studies*, 5.1, 1993, 3-21.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R., *Gerónimo de Uztáriz, 1670-1732: una política económica para Felipe V*, Madrid, Minerva Ediciones, 1999.

- FRANCO, G., «Introducción», en *Theorica y practica de comercio, y de marina*, Madrid, Aguilar, 1968, XI-LXVI.
- GORDON, D., *Citizens without Sovereignty: Equality and Sociability in French Thought, 1670-1789*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1994.
- HAMILTON, E. J., «The Mercantilism of Gerónimo de Uztáriz: A Reëxamination», en *Economics, Sociology & the Modern World: Essays in Honor of T. N. Carver*, Norman E. Himes, Cambridge, Harvard University Press, 1935, 111-129.
- HUET, P.-D.; GOYENECHE; F. X. de, *Comercio de Holanda, o el gran thesoro historial, y político del floreciente comercio, que los holandeses tienen en todos los estados, y señoríos del mundo*, Madrid, Imprenta Real, 1717.
- ISRAEL, J. I., *Enlightenment Contested: Philosophy, Modernity, and the Emancipation of Man, 1670-1752*, New York, Oxford University Press, 2006.
- *Radical Enlightenment: Philosophy and the Making of Modernity, 1650-1750*, New York, Oxford University Press, 2001.
- «Enlightenment! Which Enlightenment?», *Journal of the History of Ideas*, 67.3, 2006, 523-545.
- KANT, I., «What Is Enlightenment?», en *The Portable Enlightenment Reader*, New York, Penguin Books, Isaac Kramnick, 1995, 1-7.
- MOUNIER, A., *Les Faits Et La Doctrine Économiques En Espagne Sous Philippe V. Gerónimo De Uztáriz (1670-1732)*, Bordeaux, Imprimerie de l'Université, Y. Cadoret, 1919.
- MURATORI, L. A.; SEMPERE Y GUARINOS J., *Reflexiones sobre el buen gusto en las ciencias, y en las artes*, Madrid, Marcial Pons, 1992.
- PAGDEN, A., «The Reception of the “New Philosophy” in Eighteenth Century Spain», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 51, 1988, 126-140.
- PERDICES BLAS, L., *Historia del pensamiento económico*, Madrid, Síntesis, 2003.
- PERDICES BLAS, L.; REEDER, J., *El Mercantilismo: política económica y estado nacional*, Madrid, Síntesis, «Historia del Pensamiento Económico», 2; 1998.
- PÉREZ MAGALLÓN, J., *Construyendo la Modernidad: la cultura española en el tiempo de los Novatores [1675-1725]*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas Instituto de la Lengua Española, 2002.
- «Crisis del Imperio y quiebras de la Modernidad», en *Congreso Abierto: Publicación de la Red de Actas del 40 congreso de la ACH*, 2004.
- «Enseñar el siglo dieciocho español: contexto, problemas, instrumentos», *Dieciocho*, 31.1, 2007, 131-139.
- QUIROZ-MARTÍNEZ, O. V., *La introducción de la filosofía moderna en España: el eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- ROBERTSON, J., *The Case for the Enlightenment: Scotland and Naples 1680-1760*, New York, Cambridge University Press, 2005.
- SHAFFER, R. J., *The Economic Societies in the Spanish World, 1763-1821*, Syracuse University Press, 1958.
- UZTÁRIZ, G. de, *Theorica, y práctica de comercio, y de marina*, Madrid, Aguilar, Clásicos Españoles de la economía, 1968.
- VENTURI, F.; WOOLE, S. J., *Italy and the Enlightenment: Studies in a Cosmopolitan Century*, London, Longman, 1972.
- VOLTAIRE, *Lettres philosophiques*, Paris, Garnier-Flammarion, 1964.

RESUMEN

*Indianos, segundones y el contexto trasatlántico de la reforma económica en la Teoría, y práctica del comercio y de marina [1742] de Gerónimo de Uztáriz*

El economista más importante de la época del rey Felipe V, Gerónimo de Uztáriz postulaba un espacio secular ilustrado basado en la experiencia trasatlántica. Usando la categoría social del indiano, desarrollaba un discurso simbólico, formulado por el legado colonial hispánico, en el cual argüía por reformas religiosas que podrían fomentar el éxito comercial ejemplificado en aquellos españoles –los indianos– cuyo traslado a las Indias les permitía disfrutar una calidad de vida mejor.

**Palabras clave:** Uztáriz; Ilustración; economía; discurso; trasatlántico; cultura.

ABSTRACT

*Indianos, second-born sons, and the transatlantic context for economic reform in Geronimo de Uztáriz's Theory and Practice of Commerce and Maritime Affairs (1742)*

The most important economist of the Reign of Philip V, Geronimo de Uztáriz postulated an enlightened secular space based on the transatlantic experience. Using the social category of Indiano, he developed a symbolic discourse, formulated by the Hispanic Colonial legacy, in which he argued for religious reforms that could foment the commercial success exemplified in those Spaniards –the Indianos– whose move to the Indies had allowed for them to enjoy a better quality of life.

**Keywords:** Uztáriz; Enlightenment; economy; discourse; transatlantic; culture.